

# José, hijo de David, no tengas reparo

## Solemnidad de San José. Ciclo B

**2 Sam 7,4-5.12-16; Sal 18,2-5.27.29; Rom 4,13.16-18.22; Mat 1,16.18-21.24**

*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: La madre de Jesús estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo, por obra del Espíritu Santo.*

*José, su esposo, que era bueno y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero apenas había tomado esta resolución se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: José, hijo de David, no tengas reparo en tomar a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.*

## FIESTA DE SAN JOSÉ

San José fue el padre de Jesús en esta tierra. Siendo Jesús Dios y hombre verdadero, tiene, como es normal en todo ser humano, su linaje, enraizado en un pueblo, en la historia: "El Señor, Dios, le dará el trono de David, su padre"; sin raíces, sin estirpe, Jesús hubiera aparecido como un extraño, entre una verdad no libre de sospechas. Es este, el gran servicio que San José, desde su fe y firme entrega a la voluntad de Dios, aporta a la obra de la Redención.

La figura de San José se presenta con la grandeza de un verdadero patriarca en la línea de la fe de los célebres personajes del Antiguo Testamento. Y, en el Nuevo, después de María y con ella, rotura el camino de la fe de toda la Iglesia; él adornado y revestido de la esperanza creyó contra toda esperanza; llevó a cabo la función que le encomendó el ángel del Señor, por mandado expreso de Yahvé. Así, lo indica la oración en la colecta de la liturgia, recordando la estrecha vinculación de San José con la Iglesia, al habersele confiado por Dios la fiel custodia de los primeros misterios de la salvación del hombre.

La dimensión especial de la paternidad de José respecto a Jesús, fue un ejercicio corriente, como padre humano de Jesús, que sostuvo y coadyuvó a su crecimiento corporal y espiritual, según lo propio de un buen padre. Precisamente, en ello radicaba su función y servicio respecto al Hijo de Dios hecho hombre.

En la Cuaresma, tiempo catecumenal, San José invita y hace una llamada a los padres cristianos a ejercer su cometido educacional, como los primeros educadores de la fe de sus hijos, que son.

Hoy, se celebra también el Día del Seminario. Es importante, pues, que, en la Santa Misa, roguemos al Señor de la mies, por las vocaciones sacerdotales. Es preciso pedir que provea a su Iglesia de santos y sabios sacerdotes, que entregados a su ministerio, lo vivan en la humildad y la pobreza, buscando el bien y la salvación de las almas. Los padres cristianos son los elementos esenciales, para inculcar la fe en sus hijos y ser con su ejemplo y conducta sana firme fuente viva de vocaciones sacerdotales, que labren la viña y hagan brotar fértiles sarmientos de virtudes y valores evangélicas.

**Lectura del segundo libro de Samuel:** *En aquellos días, recibió Natán la siguiente palabra del Señor: Ve y dile a mi siervo David: Cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus padres estableceré después de ti, un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas; y consolidaré su reino. Él edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. Yo seré, para él un padre y él será para mí un hijo. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre*

Esta perícopa expresa las preferencias de Yahvé, que no exige habitar en una casa, desea y le basta con una tienda; lo que muestra claramente cuál ha de ser su consideración y cómo quiere ser comprendido. La tienda no es nunca una casa fija, es el habitáculo del nómada, el de quien va y está de viaje; es cambiante, pero la tienda es habitación, refugio y patria. La casa es residencia estable del sedentario; un puesto fijo y un lugar determinado. Dios se acomoda al hombre, que es tiempo; por ello, prefiere habitar en una tienda, para poder encontrar a todos los hombres y llegar a ser la patria de todos.

El hombre es un viajero, un ser en camino a través de una historia variante y llena de alternativas. En esa andadura, Dios lo acompaña, va con él, no está lejos, no permanece en casa, no se encierra en cosas ni en casa alguna fabricada con conceptos, imágenes, símbolos, reglas fijas ni determinaciones humanas. Dios, que es Amor, guía, cuida y camina con el hombre, en su día y en su tiempo. Por eso, Dios prefiere la tienda, ser compañero y acompañante, camino y báculo; quiere ser ayuda, protección, patria y residencia de sus hijos.

Los libros de Samuel cuentan los orígenes del reino de Israel, en cuya formación, han intervenido, Samuel, Saúl, David, cada uno con su función relevante. Sobre el protagonismo de David, tiene gran importancia la profecía de Natán, que viene a anunciar la presencia perenne de la casa real de David; a partir de esa promesa divina, los avatares del reinado davídico se han ido interpretando entre los hechos, que están insertos en los designios de Dios, indicados por el profeta. Yahvé cuida y engrandece a David, y proveerá la descendencia a su casa.

En los textos del NT, esta profecía de Samuel se ve cumplida en el Mesías. El Enviado del Señor es hijo de David y descendiente de la casa de David; y es sólo en el Mesías, en quien reside el núcleo de la realeza davídica, del que la casa de David recibe su consistencia eterna. Esta profecía veterotestamentaria, en referencia a la era mesiánica, tendrá su cumplimiento en Jesús de Nazaret. En San José la línea directa de descendencia llega hasta Jesús. Es el Mesías que instaura el Reino del Padre Celestial, y, al resucitar, triunfa sobre la muerte y sus consecuencias: el dolor y llanto. La causa de las lágrimas y del sufrimiento se halla en nuestra finitud y en la transgresión humana. Dios enjuga las lágrimas de los seres finitos; es solidario con el hombre con amor total por cada uno; es el gran consolador que no sólo extirpa el dolor futuro y la muerte, sino que a diario acompaña y consuela en el momento presente.

Aquellos que vienen a formar parte de su reino participan de sus bienes y en su triunfo; los hace herederos e hijos del Padre. *Seré, para él un padre y él será para mí un hijo.* El Señor anuncia que será un padre y nosotros sus hijos; y el Señor siempre cumple. Ese es su quehacer actuar y ser nuestro padre. El Señor es un padre generoso, ofrece todo su amor, sin excluir a nadie; consuela a los que están tristes, a los que lloran, ofreciéndoles su gozo y alegría. Jesús sufre, para que nosotros vivamos alegres.

Este debe ser el mensaje del hombre evangélico. No se ha de atormentar a los seres humanos con el miedo al castigo, el hombre en el Reino es feliz y goza lleno de bienestar.

### **Salmo responsorial:**

*Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dijo: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad» Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David mi siervo: «Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades».*

### **Lectura de la carta de San Pablo a los Romanos:**

*Hermanos: No fue la observancia de la ley, sino la fe, la que obtuvo para Abraham y su descendencia la promesa de heredar el mundo. Por eso, como todo depende de la fe, todo es gracia: así la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la descendencia legal, sino también para la que nace de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros. Así lo dice la Escritura: «Te hago padre de muchos pueblos».*

*Apoyado en la esperanza creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia» Por lo cual le fue computado como justicia.*

La fe, para el Apóstol es la raíz esencial del creyente. Abraham obtiene su promesa de la herencia por su fe decidida y firme. San Pablo les dice a los judeocristianos que, no es la ley, sino la fe, que "la fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve" (Heb 11,1); la fe justifica y no las obras de la ley, porque la fe arranca del proceso en que Dios sale al encuentro del hombre; el secreto de la justificación se encuentra en Dios; si Dios se acercara al hombre con un contrato, entonces serían las obras la respuesta humana, pero El viene al hombre con una promesa, es decir, con un don gratuito, por esa razón las obras de la ley son inútiles, y la fe, la fortaleza.

Abraham recibió la promesa en una época en que todavía no estaba circuncidado y en que Dios preveía para él una paternidad universal (Gén 17,5). Por tanto, es contrario a la voluntad de Dios el limitar la posteridad de Abraham a aquellos que se circuncidan. Y lo que se espera es la salvación en Jesucristo. Explicando por qué Abrahán fue íntimo amigo de Dios y llegó a ser el modelo de los creyentes, les propone que sigan el ejemplo de su Antepasado; y lo fue, no por realizar el rito de la circuncisión, sino por haber creído en las promesas de Dios, sin titubeos, a ciegas, sin tardanza.

Todo depende de la fe. Se es amigo de Dios por la fe, se es testigo de Dios por creer en sus promesas. El rito del bautismo confirma con su fuerza divina y manifiesta públicamente el compromiso con Dios, y, además, santifica; así, todos los sacramentos son "signos" de la fe, y la aumentan, pero no son el fundamento, lo esencial es la fe. Y todo es gracia.

Abrahán es el modelo de creyente, pues "no dudó en su fe, a pesar de que su cuerpo ya no podía dar vida". Así, pues, Abrahán tenía ya una fe semejante a la del cristiano que cree en la resurrección de Jesús. A nosotros, que afirmamos que Jesús resucitó, se nos pide creer en un Dios que da vida y para el cual nada es imposible.

**EL EVANGELIO según San Mateo** cuenta hoy el anuncio del nacimiento de Jesucristo, a San José.

En el capítulo primero del evangelio de Mateo se recoge una genealogía de los ancestros de Cristo con un especial contenido teológico; como ha recordado el Vaticano II, Cristo es la plenitud de la revelación, este hecho lo coloca inevitablemente en relación con la misma revelación y con todo el Antiguo Testamento; San Mateo presenta su árbol genealógico para demostrarlo, por lo que, inmediatamente después de mencionar su nombre completo: "Jesucristo", que equivale a una fórmula de fe: Jesús es el Cristo, el Ungido, el Mesías, y añade "hijo de David, hijo de Abraham". La genealogía nos lleva al terreno de la historia y al de la teología. El Mesías debería descender de David, y, en efecto, lo hace descender de David. El origen de Cristo coincide y se remonta al principio mismo de Israel; quiere abarcar toda la historia de Israel: su origen, los momentos más importantes y la coronación o plenitud, que es Jesús.

La segunda parte del capítulo presenta el nacimiento de Cristo como algo absolutamente milagroso. María concibió a Jesús sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo. Y al mencionar al Espíritu Santo o al Espíritu de Dios, Mateo -como cualquier escritor judío- piensa en el poder creador de Dios. Afirmado el hecho -concepción milagrosa de Jesús-, Mateo se detiene en exponer sus consecuencias. La primera es el natural desconcierto de San José.

La perícopa de hoy pertenece a un género literario muy particular en la Biblia, que consiste en "los anuncios de nacimiento"; este género "no es más que la forma de expresión de un acontecimiento muy real, supone siempre la aparición de un ángel y la designación del personaje interesado con un nombre que recuerda su función; en efecto, aquí es José, Hijo de David, una dificultad que hay que vencer (en general, la esterilidad del seno materno, aquí, para José, recibir a María en su casa), un signo dado como prenda (en Lc 1,36, el embarazo de Isabel; aquí el alumbramiento virginal de María), finalmente, detalles concretos sobre el nombre del niño (aquí: Jesús).

A este género literario pertenece la Anunciación a la Virgen (Lc 1,26-38); el ángel le anunció de entrada que su Hijo sería Hijo de David, después, partiendo de ahí, formuló la pregunta de la concepción virginal. Ante José, el ángel procede de distinta manera: la concepción virginal queda aclarada desde el principio (Mt 1,20), pero se trata de asegurar que el Niño sea Hijo de David. María tiene una dificultad que vencer: qué será de sus desposorios; José también la tiene: cuál será su papel respecto a un Niño que no será suyo.

Evidentemente, María ha sido la primera en saber que pariría en virginidad; pero no creemos, que un hecho de tal importancia se lo silenciara a su prometido. Ciertamente que los evangelistas no dicen nada al respecto, pero de ello no podemos deducir el silencio de María y, "a fortiori", el silencio de Dios, y admitir que María dejara a José en la duda y la inquietud. Lo más lógico y natural es que una desposada, que, ante el ángel, se preocupa de sus relaciones de desposorios, lo informara de la nueva situación impuesta por la voluntad de Yahvé; por tanto, José está al corriente del alumbramiento virginal de su prometida; no está, pues, inquieto ni tiene duda alguna sobre la virtud de su esposa, ni se le aparece el ángel para tranquilizarlo.

La cuestión es otra. José es "justo" (Mt 1,19), no con una justicia legalista, sino con la justicia religiosa que le prohíbe hacerse pasar por el padre de un Hijo que no es suyo, aunque no hubiera comprendido aún que de ese hecho milagroso vendría un Niño Divino. Ahí, interviene el ángel, viene a comunicar a José que Dios lo necesita, no como padre natural, sino adoptivo; tiene una misión que cumplir al nivel de la paternidad legal; Dios lo necesita para hacer que ese Niño entre en el "linaje de David y darle un nombre". José no es, pues, "justo", porque sea un modelo de resignación, capaz de una actitud bonachona, sino porque respeta a Dios en su obra y se limita a cumplir el papel que Dios le asigna, darle nombre e introducir a Jesús en la estirpe real. Así pues, San José es justo, porque acepta y sigue su vocación, la llamada de Dios a ser padre adoptivo sin rechistar ni dudar. En definitiva, lo que se le pide a José es que, a pesar del miedo que la cercanía del misterio produce en él, se fíe por completo de Dios. Y José se fió de Dios. La salvación del hombre no depende, por tanto, exclusivamente de una iniciativa soberana de Dios que basta esperar pasivamente; Dios salva al hombre con la cooperación y la fidelidad del hombre mismo.

María y José estaban desposados. Según la ley judía, esto quería decir que el contrato de matrimonio había sido sellado seria y firmemente. Únicamente faltaba la ceremonia de la boda, que culminaba llevando a la novia a vivir en la misma casa del novio. La ley judía no consideraba pecado serio la relación sexual habida entre los novios-desposados en el tiempo intermedio entre desposorios y casamiento. Más aún, en caso de que naciese un hijo en ese tiempo intermedio, era considerado por la ley como hijo legítimo. Teniendo en cuenta la ley y costumbres judías, el estado de María únicamente creaba problema a José. Para él, el problema no era la inocencia de María, su esposa; la duda de José fue acerca del papel que él personalmente tenía que jugar en todo aquello; la intervención sobrenatural se lo aclara, deberá poner el nombre al niño, es decir, deberá ser su padre legal (era el padre quien imponía el nombre) y entonces, conocido su papel en aquel matrimonio, cesa su turbación, desconcierto o duda.

El anuncio del ángel a José es un resumen completo del Nuevo Testamento: Jesús salvará al pueblo de sus pecados. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la expresión "Perdón de los pecados" no significa el perdón de una falta concreta sino que es el resumen de toda la acción salvadora de Dios. Quiere decir esto que, con la aparición de Jesús, ha sido superada la separación entre Dios y el hombre. Decir Jesús o salvador es exactamente lo mismo. El nacimiento de Jesús, su vida y actividad fue -y es- Dios con nosotros. Como lo había anunciado el profeta Isaías.

El tema del Emmanuel (Dios-con-nosotros) conecta con el de "Hijo de Dios con pleno poder". Los exegetas notan, en el evangelio de Mateo, el paralelismo entre este anuncio del ángel a José y la conclusión del Evangelio: "Yo-estaré-con-vosotros"... Hablar de Cristo como Emmanuel es connotar, actualmente, el misterio pascual de Cristo y de su presencia en la Iglesia, por la fuerza del Espíritu. La concepción virginal de María, por obra del Espíritu Santo, enlaza así con la glorificación de Jesús "constituido según el Espíritu Santo".

Camilo Valverde Mudarra